

La organización

Cuando, como yo, antes de partir, no se sabe nada de Santiago de Compostela, uno se imagina un antiguo camino que discurre entre hierbas, y a unos peregrinos más o menos solitarios que lo conservan no sin dejar la huella de su paso en él. Craso error, que muy pronto se ve corregido en el momento mismo en que se va a buscar la famosa *credencial*,* documento obligatorio para acceder a los hospedajes para peregrinos.

Se descubre entonces que el Camino es objeto, si no de un culto, al menos de una pasión, pasión que comparte gran número de quienes lo han recorrido. Detrás del viejo camino se esconde toda una organización: asociaciones, publicaciones, guías y servicios permanentes especializados. El Camino es una red, una hermandad, una internacional. Nadie está obligado a adherirse a ella, pero esta organización se advierte desde el mismo momento de partir, entregándoos la *credencial*, ese pasaporte que es mucho más que una cartulina folclórica. Pues, debidamente fichado como futuro ex peregrino, recibiréis en adelante boletines de estudios eruditos, invitaciones a hacer excursiones a pie e incluso, si vivís en determinadas ciudades,

* En español en el original. A lo largo del libro, se indican al lector en cursiva las palabras referidas al Camino que el autor ha escrito en español. (*Nota del editor.*)

a sesiones de intercambio de experiencias, organizadas con viajeros que acaban de regresar. Estos encuentros amistosos en torno a una copa se conocen como el «vino del peregrino».

Descubrí todo este mundo al entrar una tarde lluviosa en el pequeño establecimiento sito en la rue des Canettes de París, en el barrio de Saint-Sulpice, sede de la asociación de los Amigos de Santiago. El lugar choca, en medio de los bares a la última moda y de las tiendas de ropa. Su sala parroquial huele bien y el polvoriento desorden que reina en ella posee el sello inimitable de los locales llamados «asociativos». La persona que atiende es un hombre de cierta edad, hoy diríamos un «sénior», pero este término no forma parte del vocabulario jacobeo. No hay nadie más en el establecimiento y tendría la impresión de despertarlo si él no tratara por todos los medios de parecer atareado. La informática no ha tomado aún posesión del lugar. Aquí siguen reinando la ficha de cartulina amarilla, los desplegables ciclostilados, el sello borroso y su entintador metálico.

Siento un cierto embarazo al declarar mi intención –aún no definitiva, pensaba– de ir a hacer el Camino de Santiago. El ambiente es el propio de un confesonario y todavía no sé que no se me hará la pregunta del «porqué». Saliendo al paso, intento unas justificaciones que son, evidentemente, falsas. El hombre sonrío y vuelve a preguntas de orden práctico: nombre, apellido, fecha de nacimiento.

Poco a poco me lleva hasta el gran tema: si deseo adherirme a la asociación *con* el boletín –es más caro– o *sin*, es decir, pagando el mínimo: me da los precios de cada opción. Los pocos euros de diferencia le parecen suficientemente importantes como para lanzarse a una larga explicación sobre el contenido concreto de las dos formas de adhesión. Yo lo atribuyo a un loable deseo de solidaridad: no privar del Camino a los más modestos. A lo largo del camino, tendré ocasión de compren-

der que se trata de algo muy distinto: los peregrinos se pasan el tiempo evitando pagar. Lo cual no es a menudo una necesidad, sino más bien un deporte, un signo de pertenencia al club. He visto a caminantes, por otra parte pudientes, hacer interminables cálculos antes de decidir si encargarían un bocadillo (para cuatro) en un bar, o si harían tres kilómetros de más para comprarlo en una hipotética panadería. El peregrino de Santiago, que se llama un *romero jacobeo*, no es siempre pobre, ni mucho menos, pero se comporta como tal. Cabe asociar este comportamiento a uno de los tres votos que, con el de castidad y el de obediencia, marcan desde la Edad Media el ingreso en la vida religiosa; cabe también llamarlo más simplemente tacañería.

Sea como fuere, desde el momento en que se cuenta con la *credencial*, uno es invitado a respetar este uso y a adaptarse a él: ya el peregrino se encamine o no hacia Dios (es asunto suyo), debe hacerlo en todo momento estando a la cuarta pregunta.

Por supuesto, os cruzaréis también con mucha gente que ha preparado una peregrinación de lo más cómoda, de hotel en hotel, con autobús de lujo o serviciales taxis. Entre los romeros jacobeos se acostumbra a decir santurrónicamente: «Cada uno hace su camino como lo entiende». Sin embargo, no hace falta mucho tiempo para darse cuenta de que, detrás de esta manifestación de tolerancia, se esconde el sólido desprecio del «verdadero» peregrino por el «falso». El verdadero se reconoce por el hecho de que gasta lo menos posible. Cierto que puede ocurrir que el «verdadero» peregrino, a falta de alternativa, ya porque esté enfermo, ya porque los albergues estén llenos, tenga que ir a parar a un hotel –modesto a ser posible– y tratar con viajeros adinerados. No os quepa duda, sin embargo, de que no dejará de marcar la diferencia, por ejemplo zampándose todos los caramelos colocados imprudentemente en un platillo en la recepción.

Desconocedor aún de todos estos usos, yo cometí mi primera torpeza: acepté regiamente la adhesión *con* boletín y sobre todo di a entender que tres euros de más no eran ningún problema.

La persona que atendía me dio las gracias en nombre de la asociación, pero una fina sonrisa indicaba bastante a las claras que se compadecía un poco de mí. «Perdónale, Señor, porque no sabe (aún) lo que hace.»

La *credencial* que entrega la Asociación de los Amigos de Santiago es un pedacito de cartón amarillento que se despliega en acordeón. A decir verdad, muy buena pinta no tiene y el supuesto futuro peregrino bromea al regresar a casa. Este documento en un papel sin duda reciclado tres veces, con sus gruesos recuadros destinados a recibir los sellos de cada etapa, lo cierto es que no tiene una apariencia muy seria. Pero con la *credencial* pasa como con todo lo demás. Su valor no se comprende más que al hacer el Camino.

Sólo cuando uno la ha metido cien veces en la mochila, o cuando se la ha sacado empapada por el agua de una tormenta y ha habido que ponerla a secar sobre un inencontrable radiador, sólo cuando se ha temido haberla perdido y se la ha buscado febrilmente ante la mirada recelosa del encargado del *albergue*, sólo cuando al término de unas etapas agotadoras se la ha puesto, victoriosa, sobre la mesa de trabajo de un empleado de la oficina de turismo que, con aire de asco, la ha rozado con su sello oficial temiendo a todas luces ensuciarlo con ella, sólo cuando, llegado a Santiago de Compostela, uno la ha desplegado orgullosamente delante del representante del ayuntamiento para que redacte en latín el correspondiente certificado de peregrinación, se comprende el verdadero valor de esta reliquia. A la vuelta, la *credencial* figura entre los objetos supervivientes del Camino y que llevan las huellas de esta prueba.

Sin que la comparación tenga evidentemente el más mínimo valor, diría que mi *credencial* arrugada, manchada y expuesta al sol, me hace pensar en esos trozos de papel que mi abuelo había traído a la vuelta de su cautiverio: los cupones de alimentos o para una visita médica debían de tener, para el deportado, un valor infinito e imagino con qué cuidado los conservaba encima.

La diferencia con el Camino es que Santiago de Compostela no es un castigo, sino una prueba voluntaria. Eso al menos es lo que cree la gente, aunque esta opinión no tarda en verse contradicha por la experiencia. Cualquiera que haga el Camino acaba pronto o tarde por pensar que ha sido condenado a hacerlo. Que la condena venga de él mismo no cambia nada la cosa: las sanciones que uno mismo se impone no por ello son menos rigurosas, a menudo, que las que inflige la sociedad.

Se parte para Santiago con la idea de libertad y uno pronto se encuentra que es, entre los otros, un simple presidiario de Santiago de Compostela. Sucio, agotado, obligado a llevar su carga durante todo el tiempo, el forzado del Camino conoce las alegrías de la fraternidad, a imagen de los prisioneros. ¿Cuántas veces, sentado en el suelo delante de un *albergue* entre otros piosos, masajeándome los pies doloridos, comiendo una pitanza maloliente comprada a un precio irrisorio, soberbiamente ignorado por los viandantes normales, libres, bien vestidos y bien calzados, me he sentido un *zek*¹ a la manera de Solzhenitsyn, uno de esos harapientos del Camino, a los que se llama peregrinos?

He aquí a lo que nos condena la *credencial*. A la vuelta, lo que cuesta más de creer es decirse que, encima, se ha pagado para adquirirla.

1. En el argot carcelario ruso, el prisionero condenado a trabajos forzados.
(Nota del traductor.)

El punto de partida

Hay que saber, sin embargo, de qué estamos hablando. La verdadera *credencial*, a mis ojos, así como a los de los peregrinos que se creen dignos de este nombre, es un documento emitido en vuestro lugar de residencia y que os acompaña durante un largo camino. Sin embargo, no se tarda en descubrir que en cada etapa y hasta las últimas, es posible hacerse entregar el mismo documento. Los auténticos peregrinos ven como a impostores a los caminantes que se contentan con recorrer los últimos kilómetros y que tienen sin embargo la cara dura de agenciarse una *credencial*. ¡Como si ese turismo a pie de unos pocos días fuese comparable con los interminables recorridos de los peregrinos que han partido de Francia o de otros países de Europa! Hay un poco de esnobismo en esta reacción. Sin embargo, mientras se avanza por el Camino, se comprende poco a poco que hay cierta verdad en esta opinión. Es preciso reconocer, efectivamente, que el tiempo desempeña un papel esencial en la formación del «verdadero» caminante.

El Camino es una alquimia del tiempo sobre el alma.

Es un proceso que no puede ser inmediato ni tan siquiera rápido. El peregrino que encadena las semanas a pie así lo experimenta. Más allá del orgullo un poco pueril que se puede sentir por haber realizado un esfuerzo notable con respecto a quienes se contentan con caminar ocho días, percibe una ver-

dad más modesta y más profunda: no basta una marcha corta para acabar con los propios hábitos. Ella no transforma radicalmente a la persona. La piedra permanece en estado bruto, pues, para tallarla, se requiere un esfuerzo más largo, más frío y más barro, más hambre y menos horas de sueño.

Es la razón por la que, en el camino hacia Santiago de Compostela, lo esencial no es el punto de llegada, común a todos, sino el punto de partida. Es él el que fija la sutil jerarquía que se establece entre los peregrinos. Cuando dos caminantes se encuentran, no se preguntan: «¿Adónde vas?», pues la respuesta es obvia, ni «¿Quién eres?», pues en el Camino no se es más que un pobre romero jacobeo. La pregunta que se hace es «¿De dónde has partido?». Y la respuesta permite inmediatamente saber ante quién está uno.

Si el peregrino ha elegido un punto de partida a cien kilómetros de Santiago, se trata probablemente de un simple cazador de certificado: esta distancia es el mínimo requerido para ver que le entregan a uno a la llegada la famosa *compostela* en latín que certifica que se ha hecho la peregrinación. Esta distinción obtenida con el mínimo esfuerzo provoca en los «verdaderos» peregrinos una ironía mal disimulada. En la práctica, sólo se reconocen como integrantes de la hermandad los caminantes que han recorrido uno de los grandes itinerarios españoles, a partir de los Pirineos. Saint-Jean-Pied-de-Port, Hendaya, el Somport son puntos de partida honorables. A ellos se añade, en virtud de una tolerancia ligada a la Historia, el punto de partida de Oviedo. Aunque sea mucho más corto, el *Camino Primitivo* que parte de la capital de Asturias infunde respeto por dos razones: atraviesa unas altas montañas, con unos desniveles más pronunciados y, sobre todo, es el camino de los orígenes, el que siguió el rey Alfonso en el siglo IX para ir a ver los famosos restos de Santiago que un monje acababa de descubrir.

La inmensa mayoría de los peregrinos sigue estos itinerarios clásicos, ya el *Primitivo*, ya los que parten de la frontera francesa. Existe, sin embargo, cierto número que vienen de mucho más lejos. Por fuerza, su aspecto no puede ser muy bueno. Algunos tienen una pinta francamente lastimosa. Uno casi diría que son de constitución delicada. Por otra parte, a menudo lo exageran un poco, para que así su efecto sea completo. A la pregunta: «¿De dónde has partido?», planteada con aplomo por un peregrino seguro de sí mismo porque ha empezado al pie de los Pirineos, ellos responden, tras un instante de fingida vacilación y bajando la vista modestamente: de «Le Puy» o de «Vézelay». Un silencio acoge estos títulos de gloria. Si los presentes llevaran sombreros, se los quitarían, en señal de respeto. Una vez lanzado este primer gancho, estos peregrinos de excepción añaden en general una cifra, que acaba de dejar fuera de combate a su interlocutor: «Ciento treinta y dos días», proclaman. Es el tiempo que llevan poniendo cada mañana un pie delante del otro.

Yo he caminado con un joven estudiante que había partido de Namur. Llevaba una mochila enorme, repleta de objetos inútiles pero que tenían la propiedad de ser recuerdos recogidos a lo largo del camino. Me crucé con unas australianas que venían de Arlés o con un alemán que había partido de Colonia.

En un transbordador, al atravesar uno de los ríos que estrían la costa cantábrica, me encontré con uno de la Alta Saboya que había partido de su casa, en Marignier, más allá de Ginebra. Me lo fui encontrado regularmente a partir de ese momento. No se puede decir que fuera muy buen caminante. Avanzaba incluso un poco a la buena de Dios y se perdía a menudo. Pero hiciera lo que hiciese, yo lo tenía colocado en un pedestal, pues me miraba desde lo alto de sus dos mil kilómetros.

Parece que algunos peregrinos vienen aún de más lejos. Yo no me encontré con ninguno y tengo la impresión de que no es mucha la gente que ha tenido la oportunidad de verlos. Son seres fabulosos. Forman parte de las leyendas del Camino, que no faltan y que los peregrinos se transmiten en voz baja durante las veladas. Estos seres venidos de Escandinavia, de Rusia, de Tierra Santa, son unas magníficas quimeras. Limitado por su término, Santiago de Compostela, la peregrinación, gracias a ellos, no tiene ya límites en cuanto a los orígenes. En los mapas jacobeos, se ve correr como ríos todos esos caminos hacia el embudo pirenaico y luego España. Surcan de líneas toda la superficie de Europa y hacen soñar.

Es cierto que el punto de partida no lo dice todo, pues existen también formas de trampear. La más practicada consiste en hacer el Camino por trechos. Se encuentra así a veces a caminantes que, a incitación de los anuncios, sacan un gran mapa: Vézelay, Arlés o París. Nos asalta la duda si aparecen extrañamente limpios o descansados, teniendo en cuenta los cientos de kilómetros que pretenden haber recorrido. Para despejar la sospecha, basta con hacer la pregunta asesina: «¿Lo has hecho... de una tirada?». El jactancioso baja entonces la cabeza, carraspea y acaba confesando que le ha llevado diez años efectuar el recorrido, por tramos de una semana. En realidad, partió la víspera. «Cada uno hace el Camino como lo entiende.» De acuerdo, pero, en cualquier caso, no hay que tomar a los hijos de Dios por el pito del sereno.

¿Por qué?

¿Por qué?

Es evidentemente la pregunta que se plantean los otros, incluso cuando no os la plantean.

Cada vez que a la vuelta pronunciáis la frase: «He ido a Santiago de Compostela a pie», notaréis la misma expresión en las miradas. Delata en primer lugar asombro («¿Qué has ido a buscar allí?») y luego, por cierta manera de miraros con insistencia a hurtadillas, desconfianza.

Rápidamente, se impone una conclusión: «Este tipo debe de tener un problema». Sentís que os domina el malestar. Afortunadamente, vivimos en un mundo en el que la tolerancia es una virtud: el interlocutor se recupera muy rápido. Deja asomar a su rostro una mímica entusiasta que expresa alegría, al tiempo que sorpresa. «¡Suerte la tuya!» Y añade, pues, puestos a mentir mejor hacerlo con convicción y énfasis: «Mi sueño es hacer un día ese camino...».

La cuestión del «porqué» se detiene por lo general en esta frase. Al confesar que acaricia el mismo proyecto que vosotros, vuestro interlocutor os exime, al mismo tiempo que se exime a sí mismo, de que os extendáis sobre las razones que pueden mover a un adulto normalmente constituido a caminar cerca de mil kilómetros con una mochila a cuestas. Entonces, inmediatamente, se puede pasar al «cómo»: «¿Lo hi-

ciste solo? ¿Por qué lugares pasaste? ¿Cuánto tiempo te llevó hacerlo?»

Es una suerte que las cosas se desarrollen así. Pues las raras veces que, por el contrario, se me ha hecho frontalmente la pregunta: «¿*Por qué* fue usted a Santiago?», me ha costado responder. No es un signo de pudor, sino más bien de profunda perplejidad.

En lugar de expresar el propio embarazo, la mejor solución es dar unos pocos indicios, si es necesario inventándolos, para desviar la curiosidad de quien os interroga y llevarle en pos de unas pistas falsas: «En la ciudad en que pasé mi infancia, había conchas de peregrino en los monumentos» (pista freudiana). «Me han fascinado de siempre las grandes peregrinaciones del mundo» (pista ecuménica). «Me interesa la Edad Media» (pista histórica). «Querría caminar hacia el sol poniente hasta encontrar el mar» (pista mística).

«Necesitaba reflexionar.» Esta última respuesta es la más esperada, hasta el punto de que se la considera por lo general como la «buena» respuesta. Sin embargo, no es evidente que lo sea. ¿Acaso no se puede, e incluso es preferible, para reflexionar, quedarse en casa, tirado en la cama o arrellanado en el sillón, o, en última instancia, dar algunos pasos por un itinerario próximo y familiar?

¿Cómo explicar, a quienes no lo han vivido, que el Camino tiene por efecto, si no por virtud, hacer olvidar las razones que han llevado a emprenderlo? La confusión y la multitud de los pensamientos que han movido a emprender el camino se ve sustituida por la simple obviedad de la marcha. Se ha partido, esto es todo. De esta manera es como se resuelve el problema del porqué: por medio del olvido. No se sabe ya lo que había antes. Como esos descubrimientos que acaban con todo lo que ha precedido, la peregrinación a Santiago de Compostela, tirá-

nica, totalitaria, hace desaparecer las reflexiones que han llevado a emprenderla.

Se percibe ya lo que constituye la naturaleza profunda del Camino. No es inofensiva como lo creen quienes no se han entregado a él. Es una fuerza. Se impone, os atrapa, os violenta y os forja. No os concede la palabra, sino que os hace callar. La mayoría de los peregrinos están convencidos, por otra parte, de que ellos no han decidido nada por sí mismos, sino que las cosas «se les han impuesto». No tomaron el Camino, sino que el Camino les tomó a ellos. Soy consciente de que tales palabras hacen que uno resulte sospechoso a los ojos de quienes no han conocido esta experiencia. Yo mismo, antes de partir, me habría encogido de hombros al oír este tipo de declaraciones. Apestan a secta. Hacen que la razón se subleve.

Sin embargo, muy pronto pude comprobar lo exactas que eran. Cada vez que se ha tratado de tomar una decisión, he sentido actuar poderosamente el Camino sobre mí y convencerme, por no decir, vencerme.

En un principio, había decidido simplemente hacer una larga marcha solitaria. Lo veía como un desafío deportivo, un modo de perder algunos kilos, una forma de preparar la temporada de montaña, una purga intelectual antes de emprender la redacción de un nuevo libro, el retorno a una necesaria humildad tras un período marcado por las funciones oficiales y por los honores... Nada de todo ello en particular, sino todo a la vez. Yo no tenía previsto precisamente recorrer el Camino de Santiago. No era más que una de las muchas opciones que contemplaba, eso creía yo al menos. Estaba aún en la fase en que se sueña con los libros, con los relatos, en que se miran fotos y páginas web de internet. Me creía libre de decidir, soberano. Lo que siguió me demostraría que estaba en un error.

Poco a poco, mi elección se fue restringiendo y las opciones

se concentraron (¡vaya, vaya!) en torno a los itinerarios hacia Santiago.

Finalmente, me quedé solamente con dos posibilidades: la Alta Ruta pirenaica y el Camino de Santiago por el Norte. Los dos parten del mismo punto: Hendaya. Era posible, pues, postergar la decisión hasta el último momento. Podía incluso, si no había más remedio, elegir en el último minuto, una vez llegado al lugar. Reuní un equipo que podía convenir tanto para uno como para otro itinerario. La Alta Ruta atraviesa el macizo pirenaico de oeste a este. Son posibles diversas variantes: por senderos o «fuera de pista». Lleva alrededor de cuarenta días. Es más montañosa y más salvaje que el Camino. Me preparé, pues, para una larga marcha con una autonomía así total y en un ambiente frío. Quien puede lo más, puede lo menos: si elegía finalmente el camino de Santiago, me bastaría con desprenderme de algunos equipos de alta montaña y ya está. Me creía muy listo y parecía que hubiera preservado mi libertad hasta el final.

Unos pretextos exteriores me ayudaron a revestir mi decisión final de una apariencia de racionalidad: la Alta Ruta, en el último momento, se reveló impracticable, porque «la estación estaba muy poco avanzada y algunos lugares de paso acaso resultasen delicados, etcétera». Opté por el Camino de Santiago de Compostela. A decir verdad, cuando lo pienso, no hice sino ceder a una atracción misteriosa y cada vez más fuerte. Por más que podía racionalizarlo, no se había tratado en ningún momento seriamente de emprender otra cosa. La variedad de los proyectos no era más que un embeleco, un medio cómodo para enmascarar esta evidencia desagradable: no había tenido en realidad elección. El virus de Santiago me había infectado profundamente. Ignoro por quién y para qué se produjo el contagio. Pero, tras una fase de incubación silenciosa, la enfermedad se manifestó y yo tenía todos los síntomas.